

Algo más que una Sensación de Vacío

Publicamos hoy la última nota de la serie sobre los nuevos novelistas latinoamericanos que el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal realizó para la agencia LATIN y que fueran originalmente recogidas por la revista mexicana "Plural".

MEXICO. 8. (LATIN). — Con los imitadores de Puig llegamos a una etapa verdaderamente epigonal de la nueva novela. En caso de estos dos escritores (el argentino Juan José Hernández y Mario Sexer) no es único. Ya Cortázar había "liberado" (en el sentido en que hablaba Fuentes) a más de un escritor y había suscitado las muy interesantes variaciones de Néstor Sánchez en "Nosotros Dos" (1966), "Siberia Blues" (1967), "El Amor, los Orsínis y la Muerte" (1969). En estas obras no sólo la enseñanza lingüística de Cortázar sino el sistema de la nueva novela francesa y de la "Nouvelle Vague" cinematográfica eran empleados para lograr efectos que casi pulverizan la materia narrativa.

Pero Sánchez parece haberse internado, sobre todo en el último libro, en un territorio de acceso aún más difícil que el de Sardy. En cuanto a "Cien Años de Soledad", ha desatado en Colombia y fuera de ella una serie de novelas que vuelven al pasado novelesco de América (como "Los Cortejos del Diablo" 1970, de Germán Espinosa) o que aplican a la cruda realidad de nuestros países algo de aliento épico-mítico del libro de Gabriel García Márquez.

Libros como "Sagrado", 1969, de Tomás Eloy Martínez, por un lado, o como "Redoble por Rancas", 1970, de Manuel Scorza, por otro. Si el primero utiliza sólo el enorme repositorio de fábulas y supersticiones de su nativa provincia argentina de Tucumán para dar en varios planos de realidad, una visión épica de un famoso curandero, el segundo aprovecha la libertad narrativa que había instaurado García Márquez para contar otro episodio (también real) de la lucha por la libertad en el Perú.

De los epígonos de "Cien Años de Soledad", tal vez uno de los más interesantes sea "Ciudad Portátil" (1968), de Adriano González León, que utiliza la visión del novelista colombiano para reconstruir en parte las raíces de un mundo venezolano actual, dividido por la lucha guerrillera. El mundo urbano del protagonista (referido sobre todo en un monólogo interior) contrasta en el mundo alucinante de sus orígenes rurales.

Hasta qué punto García Márquez ha introducido una nueva nota en las letras hispanoamericanas se puede advertir por su influencia sobre un narrador ya establecido como Miguel Otero Silva que en "Cuando quiero llorar no lloro", 1971, encuentra su verdadera vena de narrador oral y se libera de un realismo algo didáctico al seguir una de las rutas esbozadas por "Cien Años de Soledad".

Enumerar todos estos libros que, de alguna manera, reflejan la influencia de la nueva novela sería cosa de nunca acabar. Habría que señalar, por ejemplo, "Un Mundo para Julius", (1970) de Alfredo Bryce Echenique, que arran-

ca, de su compatriota Mario Vargas Llosa, y sobre todo de "Los Cachorros" (1966), para detallar con cierta exasperante morosidad y abuso de trivialidades esa alta burguesía hispano-americana que ya había definido para siempre José Donoso en sus primeras novelas.

También habría que hablar de "José Trigo" (1967), de Fernando Del Paso, en que la abrumadora empresa de crear una suma lingüística total del México de hoy termina por hundir el libro en la trivialidad a pesar de que algunos episodios (la guerra de los cristeros, la lucha sindical en los ferrocarriles) tienen grandes momentos narrativos. Habría que hablar de Augusto Roa Bastos y de Carlos Droguett, de Carlos Martínez Moreno y de Norberto Fuentes, de René Márquez y de Salvador Elizondo.

Es posible, y casi completamente seguro, que el boom ya ha muerto y que sus últimos ecos han dejado de sonar. Pero también es casi seguro que la nueva novela latinoamericana y (sobre todo) que la nueva literatura latinoamericana no sólo esté viva sino que goce de muy buena salud. Lo que ahora se necesita es aprovechar el silencio publicitario para escuchar mejor cada vez. Encerrarse a leer y releer, volver a mirar lo visto, tomar distancia, hacer balance. Es decir: ocuparse de lo que importa.

Sólo así el estrépito y el furor del "boom" habrá dejado algo más que una sensación de vacío. Sólo así se podrá rescatar a las letras de todo un continente de las irresponsables manos de la propaganda, sea esta comercial, confesional o (como se quiere ahora) "ideológica". A empezar, pues.